

CHARLES DARWIN

VIAJE
DE UN NATURALISTA
ALREDEDOR DEL
MUNDO

Edición completa. Ampliada con más
de 120 ilustraciones de la época.

Seleccionadas y ordenadas por

JOAQUIN GIL



LIBRERIA EL ATENEO - BUENOS AIRES

CHILOÉ Y LAS ISLAS CHONOS

1. - *La isla de Chiloé. Aspecto general* (1^o de noviembre de 1834)

EL BEAGLE deja Valparaíso y se dirige hacia el Sur, para sondear las costas de la parte meridional de Chile, las de la isla de Chiloé, y visitar esas numerosas islas conocidas con el nombre de *archipiélago de Chonos*, que se extiende hasta la península de Tres Montes. El 21 anclamos en la bahía de San Carlos, capital de Chiloé.

Esta isla tiene unas 90 millas (145 kilómetros) de longitud por una anchura de un poco menos de 30 millas (48 kilómetros). Está entrecortada de colinas, mas no de montañas, y recubierta por completo de una inmensa selva, excepto allí donde se han roturado algunos campos alrededor de chozas cubiertas de rastrojo. A cierta distancia, se creería ver de nuevo a Tierra del Fuego; pero, vistos de más cerca, los bosques son incomparablemente más bellos. Un gran número de árboles siempre verdes y de plantas de carácter tropical reemplazan aquí las sombrías y tristes hayas de las costas meridionales. En invierno el clima es detestable; por lo demás, no es mucho mejor en verano. Creo que hay pocos lugares en las regiones templadas del mundo donde llueva más. El viento sopla de continuo tempestuoso, y el cielo está siempre cubierto; una semana completa de buen tiempo es casi un milagro. Hasta es difícil percibir la Cordillera; durante todo el tiempo que duró nuestra estancia allí, no vimos sino una sola vez el volcán de Osorno y fué antes de salir el Sol; a medida que éste ascendía, la montaña iba desapareciendo gradualmente en las brumosas profundidades del cielo, y ese lento desvanecimiento no dejó de interesarnos vivamente.

A juzgar por su color y su corta talla, los habitantes parecen tener tres cuartas partes de sangre india en las venas. Son gentes humildes, tranquilas, industriosas. Aunque el fértil suelo proveniente de la descomposición de las rocas volcánicas sostiene una lujuriante vegetación, el clima no es, sin embargo, favorable a los productos que tienen necesidad de sol

para alcanzar su madurez. Hay pocos pastos para los grandes cuadrúpedos; por consiguiente, los principales alimentos son los cerdos, las patatas y el pescado. Los habitantes usan todos gruesos vestidos de lana, que cada familia teje por sí misma, y que tiñe de azul mediante índigo. Sin embargo, todas las artes son de lo más rudimentario, y para tener de ello la prueba no hay sino que examinar su singular manera de labrar, su modo de tejer, su manera de moler el grano o de construir sus barcos. Las selvas son tan impenetrables, que la tierra no se cultiva en parte alguna, salvo junto a la costa y en los islotes vecinos. Hasta en los lugares en que existen senderos, apenas si pueden atravesarse éstos, tan pantanoso es el suelo; por eso los habitantes, como los de Tierra del Fuego, circulan principalmente por la orilla del mar o en sus lanchas. Los víveres abundan; pero, a pesar de ello, los habitantes son muy míseros; no hay trabajo y, por consiguiente, los pobres no pueden procurarse el dinero necesario para adquirir el más pequeño objeto inútil; además, falta la moneda hasta tal punto que he visto a un hombre cargado con un saco de carbón que iba a entregarlo en pago de un objeto menudo, y a otro cambiar un tablón por una botella de vino. Cada uno está obligado, pues, a hacerse mercader para revender cuanto ha recibido en numerosos cambios.

2. - Expedición por la isla de Chiloé (24 de noviembre)

La yola y la ballenera, al mando de mister Sullivan, parten para reconocer la costa oriental de Chiloé, y con orden de reunirse al *Beagle* en la extremidad meridional de la isla, punto al que se dirigirá el navío luego de dar la vuelta a la isla entera. Acompaño a esa expedición; pero en vez de tomar sitio en los botes, desde el primer día alquilo caballos que me conduzcan a Chacao, situado en la extremidad de la isla. El camino sigue la orilla del mar, atravesando de vez en cuando promontorios cubiertos de bellas selvas. En esos abrigados lugares, el camino está construído con trozos de madera groseramente escuadrados y puestos unos junto a otros; en efecto, los rayos del Sol jamás atraviesan el follaje siempre verde, y el suelo está tan húmedo, tan pantanoso, que sin ese entarimado, ni hombres ni bestias podrían seguir el camino. Llego a la aldea de Chacao en el momento en que mis compañeros, que han venido en los botes, disponen las tiendas para pasar la noche.

En esa parte del país hay algún terreno roturado y efectuamos encantadoras escapadas al bosque. Chacao era en otros tiempos el principal puerto de la isla, pero habiéndose perdido un gran número de barcos a causa de las peligrosas corrientes y de los numerosos escollos que se encuentran en los pasos, el Gobierno español hizo incendiar la iglesia y así arbitrariamente obligó al mayor número de habitantes de ese pueblo a trasladarse a San Carlos. Apenas habíamos establecido nuestro vivac, cuando el hijo del gobernador acudió, con los pies descalzos, a averiguar qué era lo que queríamos. Viendo la bandera británica izada en el palo mayor de la yola, con la mayor indiferencia preguntó si nos proponíamos posesionarnos de la isla. En muchos lugares, por lo demás, los habitantes, muy sorprendidos de ver barcos de guerra, creyeron, hasta esperaron, que procedían de una flota española que acudía a quitarle la isla al Gobierno patriótico de Chile. Pero todos los funcionarios habían sido prevenidos de nuestra próxima visita y nos colmaron de cortesías. El gobernador vino a visitarnos mientras cenábamos; era un antiguo teniente coronel al servicio de España, pero entonces se hallaba en la más extrema pobreza. Nos dió dos carneros y a cambio aceptó dos pañuelos de algodón, algunos adornos de cobre y un poco de tabaco.

3. - *Selvas impenetrables* (25 de noviembre)

Llueve a torrentes; sin embargo costeamos la isla hasta Huapi-Lenu. Toda esta parte oriental de Chiloé presenta el mismo aspecto: una llanura entrecortada por valles y dividida en isletas; el todo recubierto por una impenetrable selva verde negruzca. En la costa, algunos campos roturados rodean las chozas, de techumbres muy elevadas.

4. - *Volcanes. Indígenas. La isla de Quinchao* (26 de noviembre)

La madrugada es admirable. El volcán de Osorno vomita torrentes de humo. Esta magnífica montaña, que forma un cono perfecto recubierto por completo de nieve, se eleva ante la Cordillera. Pequeños chorros de vapor se escapan también del inmenso cráter de otro volcán cuya cumbre presenta la forma de una silla de montar. Poco después columbramos el enorme Corcovado, que bien merece que se llame

el famoso Corcovado. Vemos, pues, desde un solo lugar tres grandes volcanes en actividad, cada uno de los cuales de alrededor de 7.000 pies (2.100 metros) de altitud. Además, a lo lejos, hacia el Sur, se alzan otros conos inmensos recubiertos de nieve y que, aunque no se hallen en actividad, deben de tener un origen volcánico. En esta región, la línea de los Andes no es tan elevada como en Chile; no parece tampoco formar una barrera tan perfecta. Aunque esa gran cadena de montañas se extiende directamente de Norte a Sur, siempre me ha parecido más o menos curva gracias a una ilusión óptica. En efecto, las líneas que van desde cada pico al ojo del espectador, convergen necesariamente como los radios de un semicírculo; y como, a causa de la transparencia de la atmósfera y de la ausencia de todo objeto intermedio, es imposible juzgar a qué distancia se encuentran los picos más lejanos, se cree tener delante una cadena de montañas dispuesta en semicírculo.

Desembarcamos por la tarde y vemos una familia de pura raza india. El padre se parece mucho a York Minster; algunos muchachos de tez bronceada hubieran podido tomarse fácilmente por indios de las Pampas. Todo cuanto veo me confirma cada vez más el próximo parentesco de las diferentes tribus americanas, aun cuando todas ellas tienen lenguajes diferentes. Esta familia apenas sabía algunas palabras de español. Es muy agradable el ver que los indígenas han alcanzado el mismo grado de civilización que sus vencedores de raza blanca, por ínfimo que sea ese grado de civilización. Más al Sur, hemos tenido ocasión de ver muchos indios de pura raza, y todos los habitantes de algunos islotes hasta han conservado sus nombres indios. Según el censo de 1832, había en Chiloé y en sus dependencias cuarenta y dos mil habitantes, de los que la mayor parte son, al parecer, de sangre mezclada. Once mil llevan aún su nombre de familia de indio, aunque es lo probable que en su mayoría no sean ya de raza india pura. Su modo de vivir es en absoluto el mismo que el de los otros habitantes y todos ellos son cristianos. Se dice, sin embargo, que practican todavía algunas extrañas ceremonias y que pretenden conversar con el diablo en ciertas cavernas. Antiguamente, cualquiera convicto de ese crimen era enviado a la Inquisición de Lima. Muchos de los habitantes no comprendidos entre los once mil que conservan aún su nombre indio, se parecen completamente a los indios. Gómez, gobernador de Lemuy, descende de nobles españoles por línea paterna y por línea materna y, sin embar-

go, los cruces de esa familia con los indígenas han sido tan numerosos que es un verdadero indio. Por otra parte, el gobernador de Quinchao se envanece en gran manera de que la sangre española que corre por sus venas está limpia de todo cruzamiento.

Al atardecer alcanzamos una encantadora y pequeña bahía situada al norte de la isla de Caucahue. Los habitantes se lamentan mucho de la falta de tierras. Esto es debido en parte a su propia negligencia, porque no se quieren tomar el trabajo de roturar, y en parte a las restricciones impuestas por el Gobierno; hace falta, en efecto, antes de adquirir una pieza de tierra, por pequeña que ésta sea, pagar al geómetra dos chelines oro por cada cuadra (150 metros cuadrados) que mide y, además, el premio que le place fijar como valor de la tierra. Después de su evaluación, hay que sacar la pieza de tierra a subasta por tres veces, y si no se presenta quien la quiera adquirir a precio superior, pasa a ser propietario de ella el primer postulante, al precio fijado. Todas esas exacciones impiden la roturación en un país donde los habitantes son tan pobres. En la mayoría de los países se desembarazan fácilmente de las selvas quemándolas; pero en Chiloé el clima es tan húmedo, las esencias forestales son de tal naturaleza, que es absolutamente preciso abatir los árboles, y éste es un serio obstáculo a la prosperidad de la isla. En tiempos de la dominación española, los indios no podían poseer tierras; una familia, luego de roturar un terreno, podía verse expulsada y ver pasar esas tierras a poder del Gobierno. Las autoridades de Chile cumplen hoy día un acto de justicia al dar un lote de tierra a cada uno de esos pobres indios. Por lo demás, el valor del terreno boscoso es muy poco considerable. El Gobierno, para reembolsar un crédito al señor Douglas, ingeniero de esas islas, le dió, en los alrededores de San Carlos, ocho millas y media cuadradas de selvas y aseguran que sólo le ha sido posible revenderlas por 350 dólares, o sean cerca de 70 libras esterlinas.

Hace buen tiempo durante dos días y llegamos por la noche a la isla de Quinchao. Esta región es la parte mejor cultivada del archipiélago; una zona bastante considerable en la costa de la isla principal ha sido roturada en ella, así como muchos islotes de las cercanías. Algunas haciendas parecen ser muy confortables. Tengo curiosidad por saber qué fortuna pueden tener algunos de estos habitantes, pero el señor Douglas me dice que ninguno de ellos tiene una renta regular. Uno de los más ricos propietarios logra quizá acu-

mular, a fuerza de trabajo y privaciones, 1000 libras esterlinas; pero en ese caso tal suma es ocultada en cualquier rincón de la casa, porque cada familia, por tradición inveterada, tiene la costumbre de enterrar su tesoro en un puchero de barro.

5. - *Castro, antigua capital de Chiloé*
(30 de noviembre)

En la madrugada del domingo llegamos a Castro, antigua capital de Chiloé, actualmente ciudad triste y desierta. Se ven los rastros del plano cuadrangular común de las ciudades españolas; pero las calles y la plaza están en la actualidad recubiertas de una espesa capa de césped que ramonean los carneros. La iglesia, situada en el centro de la población, se halla completamente construída de madera y no carece ni de aspecto pintoresco ni de majestad. El hecho de que uno de nuestros hombres no pudo lograr adquirir en Castro ni una libra de azúcar ni un cuchillo ordinario dará una débil idea de la pobreza de esa ciudad, aunque vivan aún en ella algunos centenares de personas. Ninguno de ellos posee ni reloj de bolsillo ni péndulo, y un anciano, que tiene fama de calcular bien el tiempo, da las horas con la campana de la iglesia en absoluto cuando a él le place. La llegada de nuestros barcos a ese retirado rincón del mundo fué un verdadero acontecimiento; todos los habitantes vinieron a orillas del mar para vernos alzar nuestras tiendas. Son muy corteses; nos ofrecieron una casa, y un hombre hasta nos envió como regalo un tonel de sidra. Por la tarde nos dirigimos a visitar al gobernador, anciano muy amable, que por su porte y su manera de vivir nos recordó bastante al campesino inglés. Por la noche empezó a llover con violencia y eso apenas si logró separar de nuestras tiendas a los bobalicones que de continuo las rodeaban. Una familia india, que había venido en canoa desde Caylén para efectuar algunos cambios, había establecido su vivac cerca de nosotros. Esa pobre gente no tenía nada con qué abrigarse de la lluvia. Al llegar la mañana, le pregunté a un joven indio que se hallaba empapado hasta los huesos cómo había pasado la noche. Pareció muy satisfecho y con la más sencilla ingenuidad, me contestó: *Muy bien, señor* (1).

(1) En español en el original.

6. - *Visitamos las islas Lemuy, Caylén y Tanqui*
(1º de diciembre)

Hacemos rumbo a la isla de Lemuy. Estaba yo deseoso de visitar una supuesta mina de carbón; pero no era sino una capa de lignito de poco valor que se encuentra entre el aspe-rón (perteneciente de seguro a la época del terciario inferior) de que se componen estas islas. Llegados a Lemuy, tuvimos grandes trabajos para disponer nuestras tiendas, porque arribamos allí en momentos de una gran marea y los árboles tocaban casi la orilla misma del agua. En algunos instantes nos vimos rodeados de una multitud de indios de raza casi pura. Nuestra llegada les causó la mayor sorpresa y uno de ellos dijo a otro: "He aquí por qué hemos visto tantos papagayos últimamente; el *cheucau* (extraño pajarito con el pecho rojo que vive en las más espesas selvas y deja oír los más extraordinarios gritos) no ha gritado porque sí. ¡Tened cuidado!" Muy pronto nos pidieron que efectuáramos algunos cambios. Para ellos, el dinero tenía poco o ningún valor, pero deseaban sobre todo procurarse tabaco. Después de éste, el índigo es lo que tenía más valor, y luego, el pimiento, los trajes viejos y la pólvora. De-sean procurarse esta última con un fin bien inocente: cada parroquia posee un fusil público y tienen necesidad de la pólvora para disparar salvas el día de la fiesta de su santo pa-trono y los días más señalados.

Los habitantes de la isla Lemuy se alimentan principal-mente de conchas y pátatas. En ciertas épocas toman de los *corrales de pesca* o setos recubiertos por la marea alta, peces que ha dejado allí el mar al retirarse. Poseen también pollos, carneros, cabras, cerdos, caballos y ganado vacuno; el orden en que cito esos animales indica su número proporcional. Jamás he encontrado pueblo más cortés ni más modesto. Empiezan por decirnos que no son españoles, sino desdichados indíge-nas, y que tienen una gran necesidad de tabaco. En Caylén, la más meridional de estas islas, los marineros cambiaron una barra de tabaco que de fijo no valía más de tres medios peniques por dos pollos, uno de los cuales, según el indio, tenía una piel entre los dedos y resultó ser un ánade; a cambio de al-gunos pañuelos de algodón que, ciertamente, no valían más de tres o cuatro chelines, nos procuramos tres carneros y un gran manojo de cebollas. En ese sitio, la yola se encontraba a una gran distancia de la orilla, y aun así no dejábamos de

temer que algunos ladrones intentasen apoderarse de ella durante la noche. Nuestro piloto Douglas previno, pues, al gobernador del distrito que colocábamos siempre centinelas durante la noche, que esos centinelas llevaban armas cargadas, que no entendían una palabra de español y que, por consiguiente, dispararían sobre cualquiera que se aproximase. El gobernador, haciendo humildes protestas, respondió que teníamos perfecta razón y nos prometió que ninguno de sus administrados se movería de su casa durante la noche para evitar incidentes.

Durante los cuatro días siguientes continuamos nuestra ruta hacia el Sur. El carácter general del país sigue siendo el mismo, pero la población está cada vez más espaciada. En la gran isla de Tanqui, apenas si se encuentra un campo roturado; por todas partes, las ramas de los árboles penden hasta el mar. Cierta día, sobre un acantilado de asperón, columbré algunas bellas plantas de *Gunnera scabra*, planta que se parece al ruibarbo gigante. Los habitantes comen los tallos, que son acidulados, y se sirven de las raíces para curtir el cuero y para preparar una tintura negra. La hoja de esa planta es casi circular, pero profundamente dentellada en los bordes. Medí una que tenía cerca de ocho pies de diámetro y, por consiguiente, ¡24 pies de circunferencia! El tallo mide algo más de un metro de altura y cada planta tiene cuatro o cinco de esas enormes hojas, lo que les da un aspecto grandioso, que caracteriza a la planta.

7. - *En la isla de San Pedro. Paisaje parecido
al de Tierra del Fuego (6 de diciembre)*

Llegamos a Caylén, denominado *el fin de la Cristiandad*. De madrugada nos detenemos algunos minutos en una casa situada en la punta septentrional de Laylec, lugar extremo de la cristiandad en la América del Sur, y, hay que decirlo, esa casa no es sino una choza horrible. Nos encontramos a los 43° 10' de latitud S., es decir, 2° más al Sur que el río Negro en la costa del Atlántico. Esos últimos cristianos son extremadamente pobres y se aprovechan de su situación para pedirnos un poco de tabaco. Como prueba de la pobreza de esos indios, puedo decir que, poco tiempo antes, habíamos encontrado un hombre que había hecho tres días y medio de marcha, y tenía que hacer otro tanto para regresar a su casa, sólo con el fin de cobrar el precio de una pequeña hacha y de algunos pescados. ¡Qué dificultades deberá de presentar la adquisición de

la menor cosa cuando hay que tomarse tanto trabajo para cobrar una deuda tan pequeña!

Alcanzamos al atardecer la isla de San Pedro, donde hallamos anclado al *Beagle*. Al doblar una punta de la isla, dos oficiales desembarcaron para tomar algunos ángulos con el teodolito. Un zorro (*Canis fulvipes*), especie muy peculiar, según dicen, de esa isla, donde es, sin embargo, rara y nueva allí, estaba sentado en una roca. Se hallaba tan absorto en la contemplación de los dos oficiales, que pude aproximarme a él y romperle la cabeza con mi martillo de geólogo. Ese zorro, más curioso o más amigo de las ciencias, pero en todo caso menos prudente que la mayor parte de sus congéneres, se encuentra hoy, como ejemplar de su especie, en el Museo de la Sociedad Zoológica.

El capitán Fitz-Roy aprovecha una estancia de tres días que hacemos en tal puerto para tratar de ascender a la cima del San Pedro. Los bosques, en esos parajes, son algo diferentes de los que se encuentran en las partes septentrionales de la isla. Los peñascos están formados de micasquisto, lo que es causa de que no haya playa y que el roquedal se hunda perpendicularmente en el mar. El paisaje recuerda mucho más el de Tierra del Fuego que el de los otros lugares de Chiloé. Es en vano que tratemos de alcanzar la cumbre de la montaña; la selva es tan impenetrable, que quien no la haya visto no puede figurarse aquella maraña de árboles muertos y muriétes. Puedo afirmar que a menudo y durante más de diez minutos no hemos tocado el suelo; algunas veces nos hallábamos a 10 ó 15 pies de él, tanto, que los marinos se divertían indicando las profundidades. Otras veces, nos veíamos obligados a arrastrarnos a gatas para pasar por debajo de un tronco de árbol podrido. En las partes inferiores de la montaña, se ven bellos *Drimys winteri*, un laurel que se parece al sastrás con hojas aromáticas, y árboles de los que no sé el nombre, ligados unos a otros por una especie de bambú rastro. Allí nos encontramos en la misma situación que el pez en la red. Más arriba, en la cúspide de la montaña, los matorrales reemplazan a los grandes árboles, pero aun se encuentran allí un cedro rojo o un pino alerce. Me juzgué dichoso también de encontrar de nuevo, a una elevación de algo menos de 1.000 metros, a nuestra vieja amiga el haya meridional. Pero éstas no son aquí sino pobres árboles achaparrados y, según creo, es este su límite septentrional. En la imposibilidad de avanzar, renunciamos a efectuar la ascensión a la áspera cumbre del San Pedro.

8. - *El archipiélago de las Chonos. Tres días
detenidos por una terrible tempestad
(10 de diciembre)*

La yola y la ballenera, al mando de míster Sullivan, continúan sondeando las costas de Chiloé, pero yo permanezco a bordo del *Beagle*, que abandona al día siguiente San Pedro para dirigirse hacia el Sur. El 13 penetramos en una bahía situada en la parte meridional de Guayatecas o archipiélago de las Chonos; fué una suerte para nosotros, porque al siguiente día estalló una terrible tempestad, digna en todos sus puntos de las de Tierra del Fuego. Inmensas masas de nubes blancas se amontonan sobre un cielo azul oscuro y fajas de vapores negros y dentellados las atraviesan incensantemente. Las cadenas de montañas no se nos aparecen ya sino como sombras, y el Sol poniente proyecta sobre las selvas una luz amarilla que se parece mucho a la que puede dar una lámpara de alcohol. El agua está blanca de espuma y el viento sopla siniestramente a través de los cordajes del navío; es en suma una escena terrible, pero sublime. Durante algunos minutos aparece un espléndido arco iris, y es muy curioso observar el efecto del rocío marino que transportado por el viento junto a la superficie del mar, transforma el semicírculo ordinario en un círculo completo; una faja de los colores del prisma parte de los dos extremos del arco ordinario y atraviesa la bahía para venir a juntarse al navío, formando así un anillo irregular, pero casi completo.

Permanecemos en tal lugar tres días. El tiempo continúa siendo muy malo, pero eso nos importa poco, porque es casi imposible circular por esas islas. La costa es tan accidentada, que tratar de pasearse, en cualquier dirección que sea, es querer entregarse a una continua gimnasia en las agudas puntas de las rocas de micasquisto; en cuanto a la tierra, algo más unida, está cubierta de selvas tan espesas que todos mostramos en el rostro, en las manos, en una palabra, en todo el cuerpo, las huellas de los esfuerzos que hemos hecho para penetrar en sus soledades.

9. - *La península de Tres Montes*
(18 de diciembre)

Volvemos al mar. El 20 decimos adiós al Sur y, favorecidos por un buen viento, ponemos proa al Norte. A partir del cabo de Tres Montes, nuestro viaje continúa muy agradablemente a lo largo de una costa elevada, notable por lo accidentado de sus colinas, recubiertas de selvas que crecen hasta sus flancos cortados casi a pico. Al siguiente día descubrimos un puerto que, en tan peligrosa costa, podría ser muy útil a un navío en apuros. Fácilmente puede reconocérsele por una colina de 1.600 pies de altitud, más perfectamente cónica aún que la famosa montaña de Río de Janeiro denominada Pan de Azúcar. Anclamos en ese puerto y me aprovecho de nuestra estancia para efectuar la ascensión a dicha colina. Es esa una excursión muy penosa, porque los flancos son en tal manera abruptos, que en ciertos lugares me veo obligado a trepar a los árboles. Me es preciso también atravesar muchos campos de fucsias de admirables flores pendientes, pero donde no puede uno orientarse sino difícilmente. Se experimenta una gran sensación de placer al alcanzar la cumbre de una montaña, cualquiera que sea, en estos salvajes países. Se tiene la vaga esperanza de ver alguna cosa extraña, esperanza a menudo decepcionada, pero que, sin embargo, me impulsa siempre hacia adelante. Cada cual conoce, por otra parte, el sentimiento de orgullo y de triunfo que un paisaje magnífico, visto desde gran altura, hace nacer en el espíritu; además, en estas comarcas poco frecuentadas, un poco de vanidad viene a unirse a ese sentimiento; uno se dice, en efecto, que quizá es el primer hombre que haya puesto el pie en aquella cumbre o que haya admirado tal espectáculo.

Se experimenta siempre un inmenso deseo de saber si otro ser humano ha visitado ya un lugar poco frecuentado. Si, por ejemplo, se encuentra un trozo de madera en el cual hay clavado un clavo, se le estudia con tanto cuidado como un jeroglífico. Lleno de ese sentimiento, me detengo, vivamente interesado, ante un montón de hierbas bajo unas rocas salientes, en un retirado lugar de esa costa salvaje. Ese montón de hierbas, seguramente, ha servido de lecho; cerca se encuentran los restos de un fuego y el hombre que habitó tal lugar se sirvió de un hacha. El fuego, el lecho, la elección del emplazamiento, todo indica la finura y destreza de un indio; pero, sin

embargo, no puede ser un indio, porque en esta parte del país la raza está extinguida gracias a los cuidados que tuvieron los católicos de transformar a la vez a los indios en católicos y en esclavos. Llego a la conclusión de que el hombre que hizo este lecho en este lugar salvaje debe de ser algún pobre marinero náufrago que, durante su viaje a lo largo de la costa, descansó allí durante una triste noche.

10. - *Mal tiempo. Marineros náufragos*
(28 de diciembre)

El tiempo es horrible, pero no obstante continuamos sondeando la costa. Las horas se nos hacen larguísimas; por lo demás, es siempre lo que sucede cuando tempestades horribles impiden avanzar. Al atardecer descubrimos otro puerto, en el cual penetramos. Apenas habíamos echado el ancla, cuando vemos a un hombre que nos hace señas; se bota al mar una lancha y no tarda en traer dos marineros. Seis de éstos habían desertado de un ballenero americano y desembarcado un poco al sur del lugar donde nos encontrábamos; una ola había roto bien pronto su canoa y desde hacía quince meses erraban por la costa sin saber dónde se encontraban ni hacia qué lugar dirigir sus pasos. ¡Qué suerte para ellos que nosotros descubriéramos aquel puerto! Sin eso hubieran ido errando hasta su vejez por aquella costa salvaje y hubieran acabado por encontrar la muerte. Habían sufrido mucho y uno de sus compañeros se había matado al caer desde lo alto de un acantilado. Algunas veces se veían obligados a separarse para encontrar alimentos, y esa era la razón del solitario lecho que yo había descubierto. Luego de haber escuchado el relato de sus sufrimientos, quedé asombrado al ver que habían calculado tan bien el tiempo que sólo estaban equivocados en cuatro días.

11. - *Sierra granítica en el cabo Tres Montes*
(30 de diciembre)

Anclamos en una encantadora y pequeña bahía al pie de algunas elevadas colinas, cerca de la extremidad septentrional del cabo Tres Montes. Al día siguiente, después del almuerzo, efectuamos la ascensión a una de esas montañas, que tiene 2.400 pies (720 metros) de altitud. La vista es admirable. La mayor parte de esa cadena está compuesta de grandes masas de granito; masas sólidas y abruptas que parecen contemporáneas del principio del mundo. El granito está recubierto de

micasquisto, que, en el transcurso de los tiempos, se ha recordado en puntas extrañas. Esas dos capas, tan diferentes por sus formas exteriores, se parecen en una cosa: en la ausencia de toda vegetación. Acostumbrados desde tanto tiempo a ver desarrollarse a nuestra vista un espesísimo bosque de árboles de color verde oscuro, no sin asombro contemplamos ese paisaje desnudo. La formación de estas montañas me interesa mucho. Esta elevada y tan complicada cadena tiene un magnífico aspecto de antigüedad, pero es tan inútil al hombre como a los demás seres. El granito tiene un atractivo muy particular para el geólogo. Además de que está muy extendido y de que su grano es bello y muy compacto, pocas rocas han dado lugar quizá a más discusiones acerca de su origen. Vemos que de ordinario constituye la roca fundamental y, cualquiera que sea su origen, sabemos que es la capa más profunda de la corteza terrestre hasta la que el hombre ha podido penetrar. El punto extremo de los conocimientos humanos en un sujeto, sea el que sea, ofrece siempre un inmenso interés, interés tanto mayor cuanto que nada o casi nada le separa del reino de la imaginación.

12. - *Afrontamos otra terrible tempestad.*
Focas (1º de enero de 1835)

El año nuevo principia de una manera digna de esas regiones. No nos hace falsas promesas de bonanza, pues nos vemos asaltados por una terrible tempestad del Noroeste, con acompañamiento de una lluvia diluviana. Pero, gracias a Dios, no estamos destinados a ver terminar aquí el año; esperamos estar entonces en medio del océano Pacífico, allí donde una bóveda azulada dice que hay un cielo, algo por encima de las nubes que se ciernen sobre nuestras cabezas.

Los vientos del Noroeste soplan durante cuatro días; con grandes trabajos logramos atravesar una vasta bahía y anclamos en otro puerto. Acompaño al capitán, que ha tomado una canoa para explorar una caleta poco profunda. Jamás he visto tan gran número de focas. Recubren literalmente todo espacio un poco llano sobre las rocas y a orillas del mar. Por otra parte, parecen tener muy buen carácter, pues están amontonadas unas contra otras y dormidas como otros tantos cerdos; pero aun a estos mismos les hubiera dado vergüenza vivir en tan gran suciedad y oliendo tan mal. Cantidades innumerables de buitres las vigilan con gran atención. Esas repugnantes aves, de cabeza desnuda y de color escarlata, adecuada para

sumergirse deleitosamente en la carroña, abundan en la costa occidental, y el cuidado con que vigilan a las focas indica en qué confían para alimentarse. El agua, pero probablemente sólo en la superficie, es dulce; eso proviene del gran número de torrentes que, en forma de cascadas, se precipitan en el mar desde lo alto de las montañas graníticas. El agua dulce atrae a los peces y éstos atraen a su vez a un gran número de golondrinas de mar, gaviotas y dos especies de cuervos marinos. Vemos también una pareja de magníficos cisnes de cuello negro y muchas de esas pequeñas nutrias cuya piel es tan estimada. A nuestro regreso, nos divertimos mucho viendo centenares de focas jóvenes y viejas precipitarse impetuosamente al mar, a medida que pasa nuestra canoa. Pero no permanecen mucho tiempo bajo el agua; vuelven casi inmediatamente a la superficie y nos siguen con el cuello tendido dando pruebas de la más profunda sorpresa.

13. - *Puerto Low. Patata silvestre*
(7 de enero)

Después de haber sondeado toda la costa, echamos anclas cerca de la extremidad meridional del archipiélago de las Chonos, en el puerto de Low, y allí permanecemos una semana. Estas islas, lo mismo que la de Chiloé, están compuestas de capas estratificadas muy blandas y la vegetación en ellas es admirable. Los árboles avanzan hasta el mar. Desde el lugar en que estamos anclados vemos los cuatro grandes conos nevados de la Cordillera, incluso el famoso Corcovado; pero en esta latitud, la misma cadena tiene tan poca elevación, que apenas si podemos columbrar algunas crestas por encima de los islotes vecinos. Encontramos aquí un grupo de cinco hombres de Caylén, "el fin de la Cristiandad", que, para venir a pescar en estos parajes, se han aventurado a atravesar en su miserable canoa el inmenso brazo de mar que separa Chonos de Chiloé. Muy probablemente estas islas se poblarán muy pronto, como se han poblado las cercanas a la costa de Chiloé.

La patata silvestre crece en abundancia en estas islas en el suelo arenoso lleno de conchas, a orillas del mar. La planta más alta que he visto tenía cuatro pies de altura. Los tubérculos son de ordinario pequeños; he encontrado algunos, sin embargo, de forma oval, que tenían dos pulgadas de diámetro; se parecen en todo a las patatas inglesas y hasta tienen el mismo sabor; pero cuando se las hierve, se reducen mucho y tienen un gusto acuoso e insípido, aunque no amargo. No hay que

dudar que la patata no sea indígena en estas islas. Se la encuentra, según Low, hasta los 50° de latitud Sur, y los indios salvajes de estas regiones le dan el nombre de *aquinas*; los de Chiloé la denominan de otro modo. El profesor Henslow, que ha examinado las muestras desecadas que llevé a Inglaterra, sostiene que esas patatas son idénticas a las descritas por Sabine ⁽¹⁾, de Valparaíso, pero que forman una variedad que algunos botánicos consideran como diferente. Es de notar que la misma planta se encuentra en las estériles montañas del Chile central, donde no cae ni una gota de agua durante más de seis meses, y en las húmedas selvas de estas islas meridionales.

14. - *Plantas que son el agente principal de la formación de la turba*

En las partes centrales del archipiélago de las Chonos, a los 45° de latitud S., las selvas tienen casi el mismo carácter que las que se extienden a lo largo de la costa durante más de 600 millas (965 kilómetros) hasta el cabo de Hornos. No se encuentran las gramíneas arborescentes de Chiloé; pero, por otra parte, el haya de Tierra del Fuego alcanza un desarrollo considerable y constituye una gran parte de la selva. Sin embargo, no reina tan exclusivamente como más lejos, al Sur. Las plantas criptógamas encuentran aquí un clima que les conviene perfectamente. En el estrecho de Magallanes, como ya lo hice notar, el país parece ser demasiado frío y húmedo para que se desarrollen bien; pero en estas islas, en el interior de las selvas, la variedad de las especies de musgos, de líquenes y de pequeños helechos, así como su gran abundancia es cosa verdaderamente extraordinaria ⁽²⁾. En Tierra del Fuego los árboles no crecen sino en las laderas de las colinas, estando recubiertos todos los lugares llanos por una capa de turba; en Chiloé, al contrario, las más magníficas selvas están en los sitios llanos.

(1) *Horticultural Transactions*, vol. V, pág. 249. El señor Caldcleugh ha enviado a Inglaterra dos tubérculos que, cultivados con cuidado, desde el primer año produjeron gran número de patatas y una gran cantidad de hojas. Véase la interesante discusión de Humboldt acerca de esta planta, la cual, al parecer, era desconocida en Méjico. *Polit. Essay of New Spain*, lib. IV, cap. IX.

(2) Por medio de mi red para insectos, me procuré en estos lugares un número considerable de pequeños insectos pertenecientes a la familia de los *Staphylinidæ* y otros emparentados con el *Pselaphus*, así como pequeños himenópteros. Pero la familia más característica por la gran variedad de sus especies y por el número de sus individuos, en las partes más despejadas de Chiloé y del archipiélago de las Chonos, es la de los *Telephoridaæ*.

El clima del archipiélago de las Chonos se parece más al de Tierra del Fuego que el de las partes septentrionales de Chiloé; todos los lugares a nivel están, en efecto, recubiertos por dos especies de plantas: la *Astelia pumila* y la *Donatia magellanica*, que, al pudrirse, forman una espesa capa de turba elástica.

En Tierra del Fuego, en los lugares situados por debajo de la región de las selvas, la primera de esas plantas, eminentemente sociables, es el agente principal de la producción de la turba. Hojas nuevas se suceden de continuo alrededor del tallo central como en torno de un eje; las hojas inferiores se pudren pronto y si se abre la turba para seguir el desarrollo del tallo, pueden observarse las hojas aún en su sitio y en todos los estados de descomposición hasta que tallo y hojas se confunden en una masa confusa. Otras plantas acompañan a la astelia; aquí y allá puede verse un pequeño mirto rastrero (*Myrtus nummularia*) que tienen un tallo leñoso como nuestro arándano y que ofrece bayas azucaradas, un empetro (*Empetrum rubrum*), semejante a nuestro brezo, y un junco (*Juncus grandiflorus*), son casi, por lo demás, las únicas plantas que crecen en estos terrenos pantanosos. Esas plantas, aunque se parecen mucho a las especies inglesas de los mismos géneros, son sin embargo diferentes. En las partes más altas del país, la superficie de la turba está entrecortada por pequeñas charcas de agua situadas a diferentes altitudes y que parecen ser excavaciones artificiales. Fuentes que discurren bajo el suelo completan la desorganización de las materias vegetales y consolidan el todo.

El clima de la parte meridional de América parece particularmente favorable a la producción de turba. En las islas Falkland, casi todas las plantas, incluso la áspera hierba que recubre casi toda la superficie de su suelo, se transforman en esa substancia en la que nada detiene el desarrollo; algunas capas de turba tienen hasta doce pies de espesor, y las partes inferiores llegan a ser tan compactas, cuando se las hace secar, que es difícil hacerlas arder. Aunque, como acabo de decir, todas las plantas se transforman en turba, es sin embargo la astelia la que constituye la mayor parte de la masa. Hecho notable cuando se considera lo que ocurre en Europa: jamás he visto en la América meridional que el musgo contribuya con su descomposición a que se forme turba. En cuanto al límite septentrional del clima que permite la lenta descomposición necesaria a la producción de la turba, creo que en Chiloé (41 a 42 grados de latitud Sur) no hay turba bien caracterizada, aunque existen allí muchos pantanos; en las islas Chonos, al contrario, 3° más al Sur.

acabamos de ver que existe en abundancia. En la costa oriental, en la provincia del Plata, a los 35° de latitud, un residente español que había visitado a Irlanda me ha dicho que a menudo había buscado esa substancia, pero sin poder hallarla. Me mostró, como lo que había encontrado más análogo, un terreno turboso negruzco, repleto de raíces, de modo que permitía una combustión lenta pero imperfecta.

15. - *Zoología del archipiélago de las Chonos*

Téngase en cuenta que la zoología de estos pequeños islotes que constituyen el archipiélago de las Chonos es extremadamente pobre. Dos especies de cuadrúpedos acuáticos son las más comunes: el *Myopotamus coypus* (especie de castor, pero con la cola redonda), cuya bella piel, bien conocida, da lugar a un considerable comercio en toda la cuenca del Plata. Pero aquí frecuente exclusivamente el agua salada; hemos visto que el gran roedor, el capibara, hacía otro tanto. Abunda mucho también una pequeña nutria de mar; este animal no se alimenta exclusivamente de peces, sino que, como las focas, persigue a un pequeño cangrejo rojo que va formando tropillas cerca de la superficie del agua. Míster Bynoe ha visto en Tierra del Fuego una de esas nutrias mientras devoraba una jibia; en el puerto de Low dimos muerte a otra que conducía a su madriguera una gran concha. En cierto lugar cacé en una trampa a un extraño ratoncito (*M. brachiotis*); éste parece ser común en varios islotes, pero los habitantes de Chiloé, en puerto Low, me dijeron que jamás habían visto tal animal en dicha isla. ¡Qué serie de casualidades (1), o qué cambios de nivel han debido de producirse para que esos animalitos se hayan extendido en este archipiélago tan profundamente dentellado!

16. - *El Cheucau, pájaro de los presagios y el Guid-Guid, pájaro ladrador*

En todos los lugares de Chiloé y de las Chonos se encuentran dos aves muy extrañas afines al turco y al tapaculo del Chile central, y que los reemplazan en estas islas. Los habi-

(1) Dícese que ciertas aves rapaces llevan hasta sus nidos a sus víctimas vivas aún. Si es así, algunos animales quizá pudieron escapar de vez en cuando, en el transcurso de los siglos, a pájaros jóvenes. Forzosamente hay que invocar causas de esa naturaleza para explicar la presencia de los pequeños roedores en islas tan distantes unas de otras.

tantes denominaban a uno de ellos Cheucau (*Pteroptococ rubecula*); frecuenta los lugares más sombríos y más retirados de las húmedas selvas. Algunas veces se oye el grito del cheucau a dos pasos; pero, por mucho que se busque, no se ve al pájaro; otras veces es suficiente permanecer inmóvil durante algunos instantes para que el cheucau se adelante hasta pocos pies del observador en la forma más familiar. Después se marcha con la cola levantada, dando saltitos por en medio de la masa de troncos podridos y ramajes. Los variados y extraños gritos del cheucau inspiran un temor supersticioso a los habitantes de Chiloé. Ese pájaro lanza tres gritos bien distintos: a uno se le llama el *chiduco*, y es un presagio de felicidad; otro, el *huitreu*, muy mal augurio; del tercero he olvidado el nombre. Esas palabras imitan el sonido producido por el pájaro, y, en ciertas circunstancias, los habitantes de Chiloé se dejan llevar por completo por tales presagios; pero hay que confesar que han elegido como profeta al ser más cómico que imaginarse pueda. Los habitantes denominan *guid-guid* (*Pteroptococ Tarnii*) a una especie afin, pero algo mayor; los ingleses le han dado el nombre de *pájaro ladrador*. Este nombre es característico, porque desafió a quienquiera que sea a que tome por otra cosa que por el ladrido de un perrito en la selva, la primera vez que lo oiga, al grito de tal pájaro. Lo mismo que el cheucau, se oye alguna vez al *guid-guid* a dos pasos sin poder verle, y también se aproxima en ocasiones sin demostrar el menor temor. Se alimenta como el cheucau; por lo demás, esos dos pájaros tienen costumbres semejantes.

En la costa (1) se encuentra frecuentemente un pajarito negruzco (*Opetiorhynchus patagonicus*), que tiene costumbres muy tranquilas y vive siempre a orillas del mar, como la gallineta. Aparte de esos pájaros son poquísimos los que hay de otras especies. En las notas tomadas por mí en tal lugar describo los ruidos extraños que a menudo se oyen en esas sombrías selvas, pero que apenas si logran turbar el silencio general. Tan pronto se escucha el ladrido de *guid-guid* como el *huitreu* del cheucau, y algunas veces también el grito del pequeño reyezuelo negro de Tierra del Fuego; el tre-

(1) Puedo citar como prueba de la gran diferencia que existe entre las estaciones en las partes boscosas y en los lugares abiertos de la costa, que el 20 de septiembre, a los 40° de latitud Sur, esos pájaros tenían pequeñuelos en sus nidos, en tanto que en las islas Chonos, tres meses más tarde, en verano, aun no hacían sino poner. La distancia entre esos dos lugares es de unas 700 millas (1.125 kilómetros).

pador (*Oxyurus*) acompaña con sus silbidos a cualquiera que se atreva a penetrar en la selva; de vez en cuando se ve pasar como un relámpago al pájaro-mosca, que salta de un lado a otro como un insecto, dejando oír su agudo grito; en fin, desde lo alto de cualquier elevado árbol cae la nota distinta y quejumbrosa de la muscívora tirana del blanco moño (*Myiobius*). La gran preponderancia, en la mayoría de los países, de ciertos géneros comunes de pájaros, tales como los gorriones, por ejemplo, hace que se experimente al principio alguna sorpresa al darse cuenta de que las especies de que acabo de hablar son los pájaros más comunes en una región. Se encuentran rara vez, es verdad, dos de esas especies: el *Oxyurus* y el *Scytalopus*, en el Chile central. Cuando, como en ese caso, se encuentran animales que parecen desempeñar un papel tan insignificante en el gran plan de la Naturaleza, tiende uno a preguntarse con qué fin han sido creados. Pero es preciso acordarse siempre de que esos mismos son quizá, en otras regiones, miembros esenciales de la sociedad, o que en otras épocas quizá desempeñaron un papel importante. Si América, al Sur del 37° de latitud Sur, desapareciera bajo las aguas del Océano, esos dos pájaros podrían continuar existiendo durante largo tiempo en Chile central, pero es muy improbable que su número pudiera aumentar. En eso tendríamos un ejemplo de lo que ha debido de ocurrir con muchos animales.

17. - *Petrelas. Vemos a centenares de miles de ellos*

Frecuentan estos mares meridionales muchas especies de petreles; la especie mayor, *Procellaria gigantea* (el quebrantahuesos, de los españoles), se encuentra constantemente en los brazos de mar que separan las diferentes islas y en alta mar. Se parece mucho a los albatros, por sus costumbres y por su manera de volar; y lo mismo que éste puede observarse durante horas enteras sin llegar a averiguar de qué se alimenta. Ese petrel es, sin embargo, un ave voraz, porque algunos oficiales vieron uno, en puerto San Antonio, que perseguía a un somormujo; éste trató de escapar buceando y huyendo, pero a cada instante el petrel se precipitaba sobre él y acabó por darle muerte de un picotazo en la cabeza. En el Puerto San Julián se ha visto a esos grandes petreles dar muerte y devorar gaviotas jóvenes. Una segunda especie (*Puffinus cinereus*), que se encuentra en Europa, en el cabo de Hornos y en la costa del Perú, es mucho más pequeño que el

Procellaria gigantea, pero como éste es de color negro sucio. Esta ave se reúne en bandadas y frecuenta los estrechos; no creo haber visto jamás bandada más considerable de aves que una formada por esos petreles detrás de la isla de Chiloé. Centenares de miles de ellos volaron durante muchas horas en una misma dirección, formando una línea irregular. Cuando una parte de esa bandada se posó sobre el agua para descansar, la superficie del mar se puso negra y se oyó un ruido confuso, tal como el que se eleva de una gran muchedumbre de hombres a cierta distancia.

Hay otras muchas especies de petreles; no citaré más que uno, el *Pelacanoides Berardi*, ejemplo de esos casos extraordinarios de un ave que pertenece evidentemente a una familia bien determinada, y que, sin embargo, por sus costumbres y su conformación, se reúne a una tribu enteramente distinta. Esa ave jamás abandona las bahías interiores y tranquilas. Cuando se la persigue, se sumerge, después sale del agua a una cierta distancia por una especie de impulso, y levanta el vuelo; éste es continuo, rápido y en línea recta durante un cierto lapso; después, de pronto, el ave se deja caer al agua como si acabara de recibir un golpe mortal y se sumerge de nuevo. La forma del pico y de las narices de ese pájaro, la longitud de sus patas, el color mismo de su plumaje, prueban que es un petrel; por otra parte, sus alas cortas y, por consiguiente, su potencia de vuelo, tan limitada, la forma de su cuerpo y de su cola, la ausencia de pulgar en su pata, su costumbre de bucear, la elección de su habitación. le aproximan singularmente a los pingüinos. Verdaderamente puede ser tomado por uno de éstos cuando se le ve a cierta distancia, tanto si se sumerge como si nada tranquilamente en los estrechos desiertos de Tierra del Fuego.